

Seguridad multidimensional en América Latina

Fredy Rivera Vélez, editor

Seguridad multidimensional en América Latina



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador

Avenida Colón y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2903 763

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN:

Cuidado de la edición: Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta:

Quito, Ecuador, 2008

1ª. edición: junio 2008

Índice

Presentación	9
Estudio introductorio	
Seguridad multidimensional en América Latina	11
<i>Fredy Rivera Vélez</i>	
 FRONTERAS, MIGRACIONES Y SEGURIDAD	
Alambres, mojados y trampas: seguridad fronteriza y diversidad de los circuitos de migración legal	37
<i>Mario Constantino Toto</i>	
La Triple Frontera y la amenaza terrorista ¿Realidad o mito?	57
<i>Josefina Lynn</i>	
La protección humanitaria frente a la ambigüedad del sistema de refugio en Ecuador	81
<i>Paulina Larreátegui B.</i>	
La seguridad internacional como concepto multidimensional: conflicto Argentina-Uruguay por las papeleras	99
<i>Ana Laura García</i>	
Nuevos escenarios de viejas disputas: olvido y memoria en las relaciones uruguayo – argentinas	121
<i>Alba Goycochea</i>	

FUERZAS ARMADAS, SOCIEDAD Y POLÍTICA

Towards A New Understanding of Civil-Military Relations 143
Thomas C. Bruneau, Steven C. Boraz y Cristina Matei

Las Fuerzas Armadas y la construcción de un espacio social más democrático 179
Martha Vicente Castro

Las Fuerzas Armadas y las elecciones en el Perú 191
Ivette Castañeda García

Impacto de los procesos de DDR en la vida y seguridad de las mujeres 219
Luz Piedad Caicedo

Del cuartel a Miraflores: relaciones civil – militares y el inicio de una nueva era política en Venezuela 237
Xavier Rodríguez Franco

La carrera armamentista en Sudamérica 261
Gustavo Ernesto Emmerich

NARCOTRÁFICO

Dificultades para un régimen multilateral efectivo contra el narcotráfico en la zona andina 279
Anna Ayuso

La política de la Unión Europea de lucha contra las drogas: ¿cuál prioridad en la agenda para la cooperación con los países andinos? 307
Marie-Esther Lacuisse

VIOLENCIA, SEGURIDAD CIUDADANA E INSTITUCIONES

Instituciones viejas, necesidades nuevas. Transformaciones educativas y subjetivas en las violencias escolares en Argentina y Ecuador 325
Norma Alejandra (Marcia) Maluf

Violencia, seguridad y el Estado: los fundamentos discursivos de las políticas de seguridad ciudadana en Centroamérica	351
<i>Peter Peetz y Sebastian Huhn</i>	
Elementos para la construcción de políticas públicas de seguridad ciudadana	369
<i>Claudia Patricia Gómez Rojas</i>	
Relación entre convivencia y seguridad ciudadana	395
<i>Myriam Román Muñoz</i>	
El aporte del Libro Blanco de la seguridad ciudadana y la convivencia de Bogotá a la governabilidad de la seguridad urbana	413
<i>Elkin Velásquez M</i>	
Representaciones de la (in)seguridad y la violencia urbana. La mirada de los jóvenes en la Ciudad de México	433
<i>Natalia Gontero</i>	
La reforma policial en el Ecuador: un tema relegado al olvido	451
<i>Daniel Pontón C.</i>	
 COOPERACIÓN, INTEGRACIÓN Y SEGURIDAD REGIONAL	
Instituciones y cooperación subregional del Cono Sur frente a amenazas transnacionales. Una comparación con la experiencia en Haití	483
<i>Elsa Llenderrozas</i>	
La Seguridad: una prioridad en la agenda de las Américas	499
<i>Ana Marcela Mungaray Lagarda</i>	

Representaciones de la (in)seguridad y la violencia urbana. La mirada de los jóvenes en la Ciudad de México

Natalia Gontero *

Introducción

En las últimas dos décadas el fenómeno de la violencia urbana y la inseguridad en América Latina parece haber adquirido una mayor visibilidad, instalándose no sólo en la experiencia cotidiana de los ciudadanos sino también reflejándose en las estadísticas y en los discursos de los medios de comunicación y de los políticos. Estos discursos y prácticas se retroalimentan en una suerte de espiral en la que no se alcanza a dilucidar los distintos elementos que dan cuenta del origen del problema, del porque de sus formas, de su anclaje en una historicidad, del rol que cumple la violencia en nuestra sociedad o de la cualidad subjetiva de las (in)seguridades. En este escenario, “las teorías, las representaciones, la construcción de datos y las políticas públicas parecieran articularse de modo tal que por un lado aumentan la visibilidad del delito como problema social y por el otro proponen el aumento del castigo.” (Gayol y Kessler, 2002: 20) Desde una mirada sociológica es necesario que nos interroguemos acerca de este complejo proceso.

En la ciudad de México, a mediados de la década de los años 1990 se hace visible un incremento de las violencias o, quizás más aún, de los “relatos del miedo”. Los años 1980 y 1990 se caracterizaron por los pro-

* Universidad Nacional de Córdoba.

blemas de orden económico “...y a los derivados de la propia transición política, se sumaron la escalada de robos, homicidios, asesinatos, secuestros, ajustes de cuentas entre narcotraficantes y la violencia guerrillera...” (Arteaga, 2004: 81). No obstante, más allá de las “cifras del miedo”, los relatos que los ciudadanos elaboran en torno a sus experiencias traumáticas como también en relación a la posibilidad de ser víctimas de la violencia, forman parte de la construcción social del tema. Entonces, la “violencia urbana” y la “(in)seguridad” son representaciones configuradas mediante un proceso en el que distintos actores deciden que prácticas, territorios y sujetos pueden ser considerados como violentos o inseguros, a la vez que dibujan las fronteras entre legitimidad/ilegitimidad de tales prácticas.

En cada época la discursividad privilegia ciertos delitos y silencia otros mediante operaciones “...que más que testimoniar sobre lo que sucede efectivamente con la violación de la ley, revelan aquello que a la sociedad y, sobre todo, a sus elites, les preocupa y atemoriza en un período determinado” (Gayol y Kessler, 2002: 33). De este modo, las representaciones sociales dotan de sentido a la realidad y revelan cómo diferentes grupos nombran y viven un fenómeno que les afecta.

Estos discursos y prácticas tienen lugar en una ciudad atravesada por procesos de acelerada urbanización, empobrecimiento y globalización económica, en donde agencias y agentes estatales encargados de hacer cumplir la ley se encuentran deslegitimados debido a su participación en la transgresión normativa. Además, mediante procesos de estigmatización, fortalecidos en diversos territorios y por distintos agentes, se convierte en sinónimo: jóvenes y amenaza, jóvenes y peligrosidad. Se produce un “relato terrible” sobre los jóvenes desde los medios de comunicación, desde las acciones punitivas de los gobiernos locales y desde los congresos que bregan por la reducción de la edad penal (Cf. Reguillo, 2001).

Partimos de la hipótesis que, más allá de los discursos dominantes sobre la violencia urbana y la (in)seguridad producidos por los medios de comunicación, los políticos y las instituciones del Estado, existen otras representaciones que se materializan a través de relatos y prácticas que organizan, justifican y explican la cotidianidad de los sujetos. En tal sen-

tido, nos propusimos identificar y analizar las formas que asumen dichas representaciones en los relatos de jóvenes de la Ciudad de México.¹

En la primera parte de la ponencia exponemos la discusión teórica que guía nuestras reflexiones. Específicamente, nos centramos en las nociones de violencia, (in)seguridad y representaciones sociales. Luego nos dedicamos al análisis de las representaciones que tienen los jóvenes de la (in)seguridad y el modo en que forman parte de su vida cotidiana orientando las interacciones, los espacios y los trayectos. Asumiendo que las representaciones compartidas son fundantes de las relaciones sociales y nos hablan de lo que está pasando en una determinada sociedad². Posteriormente se exponen las representaciones de la violencia urbana y señalamos la importancia de la familia y el grupo de pares en la construcción de los miedos, violencias e inseguridades. Por último, se señalan algunas reflexiones que destacan el valor de los relatos de los jóvenes, y ponen en cuestión la idea de que la violencia en las ciudades latinoamericanas tiene a los jóvenes como principales actores, como agentes de las violencias y como víctimas.

Algunas definiciones

Los conflictos son un aspecto de las estructuras sociales, forman parte de la convivencia de los seres humanos. De hecho se trata de “...desper-

- 1 El trabajo de campo se realizó en diferentes colonias (barrios) de la Ciudad de México durante los meses de mayo a julio de 2006. Se realizaron 14 entrevistas con jóvenes de 20 a 25 años, provenientes de diversos sectores sociales y con diferentes características socioculturales. Las técnicas de investigación que utilizamos para la recuperación de los relatos fueron la entrevista en profundidad y el trabajo con imágenes. Los contextos de entrevista, presentaciones y descripciones de los jóvenes se omitirán en la presente ponencia por cuestiones de extensión. Me remitiré brevemente a las características que sean de interés para identificar, contextualizar y dar sentido a las afirmaciones de los entrevistados.
- 2 Cabe aclarar que la vida cotidiana no es igual para todos los jóvenes porque existen especificidades que dependen de la situación social, el género, el medio cultural en el que se desenvuelven, la familia, la educación, los deseos, etc. Se debe tener en cuenta la *heterogeneidad social* y las diferentes modalidades con que se presenta en la sociedad y la cultura la condición de joven. (Cf. Margulis, 2003) Por consiguiente, los jóvenes construyen distintas representaciones de lo inseguro/seguro. Sin embargo, las representaciones no sólo se conforman desde las experiencias individuales sino también desde las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que heredamos a través de la tradición, educación y comunicación social (Cf. Moscovici, 1993).

tar nuevamente nuestra sensibilidad para percibir lo sorprendente e insólito que resulta el grado relativamente alto de no violencia en nuestras uniones sociales.” (Elias, 1999: 209). Con esta idea como punto de partida, asumimos que el término violencia es polifónico en su significado y es múltiple en sus manifestaciones, “no es posible, por lo tanto, de antemano, definir sustantivamente la violencia como positiva y buena, como destructiva y mala...” (Zaluar, 1999: 28). La entendemos como:

...formas de transgresión a usos, normas y leyes de una sociedad. De esta manera, la violencia, en su expresión física o simbólica es parte constitutiva de las relaciones sociales. Es episódica en sus manifestaciones extremas (el daño físico), pero en sus manifestaciones no extremas es cotidiana e immanente a las relaciones sociales, pues hace parte de la tensión permanente entre el cumplimiento del orden establecido y su transgresión (Isla y Míguez, 2003: 24).

Además, entre prácticas y representaciones de la violencia existe una dialéctica, la cual está asociada a la característica “performativa” de la violencia. Es decir, los actos violentos son eficientes probablemente mucho más porque ponen en escena un poder y una legitimidad que por sus resultados físicos. De este modo, las perspectivas sobre los eventos violentos nunca son “neutrales” u “objetivas”. El triángulo de la violencia incluye perpetradores, víctimas y observadores, cada uno de los cuales interpreta los hechos de acuerdo a su propia estructura e intereses. Así las cosas, debemos tener en claro que: los actos de violencia no son repentinos arranques de agresividad carentes de historicidad, sentido y reflexividad; las representaciones de la violencia no son construcciones efímeras de subjetividades fragmentadas; y, la violencia es realizada e imaginada por seres humanos reflexivos, posicionados socialmente bajo específicas condiciones históricas (Cf. Schröder y Schmidt, 2001).

Por otra parte, la (in)seguridad es una noción “vacía” ya que su significado depende de la representación que tengan de ella los diversos grupos sociales. “Dicho concepto es complejo, por cuanto la seguridad como respuesta a la inseguridad debe considerar diferencias de género, de tipos

de delitos, de edad, estatus económico, lugar de residencia, y también de conductas ‘indeseables’ denominadas ‘incivildades’” (Pegoraro, 2000: 126). De este modo, la “esfera subjetiva” está en el centro de las motivaciones que provocan la percepción de inseguridad en los ciudadanos. Entonces,

...no está referida a un estado de cosas ¿a la distribución de las tendencias del delito, por ejemplo?, sino a una variable por entero subjetiva que señala más bien una apreciación simbólica del estado en que las personas creen que están las cosas (...) la experiencia indirecta de victimización pesa más en el temor al delito que el hecho mismo de haber sufrido en carne propia un evento de esta naturaleza... (González, 2004: 25).

En otras palabras, más delito no necesariamente implica mayor percepción de inseguridad en la gente debido a que en la construcción de la misma intervienen un conjunto de factores subjetivos e intersubjetivos. La inseguridad es un discurso que se alimenta de diversas fuentes.

Estas consideraciones previas nos ubican en el campo de lo discursivo y, por consiguiente, en el de las representaciones sociales. Entendiéndolas como sistemas sociales de valores, ideas y prácticas que tienen como función establecer un orden que posibilita a las personas orientarse frente a sí, a la sociedad, al medio ambiente y dominarlo; a la vez que facilitan la comunicación entre los miembros de una sociedad al proveerles los códigos que permiten el intercambio social, capacitándolos para clasificar y nombrar (Cf. Jodelet, 1993). Las representaciones sociales estimulan a hacer cosas porque el mundo es como ellas dicen que es, “configurando de este modo la mirada y la acción”.

Las (in)seguridades: representaciones compartidas

El miedo, y por consiguiente el sentimiento de inseguridad, no es una respuesta natural y espontánea sino que obedece a lo que se percibe como amenazante en un entorno físico y social. De acuerdo con Reguillo:

...mediante la socialización, el individuo debe aprender a identificar y a discriminar las fuentes de peligro, debe aprender a utilizar y controlar sus propias reacciones y, especialmente, debe incorporar un conjunto de saberes, de procedimientos y de alternativas de respuesta, ante las distintas amenazas percibidas (2000: 188).

Así, las representaciones de la inseguridad no son uniformes y, en consecuencia, los indicadores, es decir lo que los jóvenes perciben como amenaza y que detona una “alarma” personal, son diferentes para cada persona. Aunque son los individuos concretos los que experimentan los miedos es la sociedad la que construye las nociones de “riesgo, amenaza y peligro” y genera modos de respuesta similares. En este sentido, pudimos encontrar similitudes a la hora de nombrar los miedos y explicarlos en las narraciones de los jóvenes. Similitudes que, en buena medida, se explican por la pertenencia a un mismo tiempo histórico, a una misma ciudad y a un mismo grupo de edad.

El miedo a la oscuridad:

“Si no quieres ver sombras no andes de noche”

La mayoría de los jóvenes entrevistados consideró como insegura o peligrosa la oscuridad, la cual aparece por las noches o por las mañanas muy temprano. No obstante, es la noche el momento más temido y cuando se desatan los mecanismos de alarma: ir caminando rápido, ir volteando hacia atrás, ir con una actitud de seguridad, no tomar transporte público o directamente quedarse en el hogar. Cuando cae la noche “no importa si el sector es feo o bonito”, conocido o desconocido, de clase media, alta o baja, el temor es igual. Conjuntamente, la falta de iluminación por las noches es un factor de inseguridad y, lo es mucho más, si en el sector no hay gente.

Jean Delumeau (1989) sostiene que la noche siempre fue evaluada como el lugar de los enemigos del hombre, tanto en lo físico como en lo moral. El temor a las tinieblas es común a muchas civilizaciones. Es probable que los “peligros objetivos” de la noche, aquellos que experimenta-

ron los primeros hombres cuando se encontraban expuestos a los ataques de los animales feroces sin poder adivinar su proximidad en las tinieblas, hayan llevado a la humanidad, mediante acumulación en el curso de los tiempos, a poblarla de “peligros subjetivos”. De este modo, el miedo *en* la oscuridad se ha convertido más generalmente en un miedo “de” la oscuridad. En cualquier caso, la noche resultaba sospechosa, vinculada a los desalmados, ladrones y asesinos.

En efecto, para los entrevistados la oscuridad también se asocia con el peligro y la delincuencia³. “Está muy oscuro, muy oscuro y te pierdes. Haz de cuenta que para tomar un transporte tienes que caminar muchas cuadras y todas esas cuadras están oscuras, y hay una bandita aquí otra bandita más para allá. Casi no hay niños jugando en la calle, ves puro drogadicto...”, señala Carolina.

El miedo a lo desconocido:

“Voy a lo seguro. Me voy por el camino que conozco”

Para un gran número de jóvenes entrevistados otro indicador para evaluar un lugar como inseguro es el desconocimiento del medio, que implica no sólo un desconocimiento en términos geográficos sino también de dinámicas internas. De este modo, ciertos barrios populares son representados como inseguros porque no se conocen las dinámicas que posibilitan “hallarse” en el lugar. El visitante, transeúnte o extranjero se halla expuesto a ser una víctima. El propio barrio en la mayoría de los casos es considerado como una zona segura porque se conocen las lógicas, los beneficios, los códigos y los vecinos. No obstante, cuando la propia colonia es valorada como insegura se debe a la presencia de extraños, a la gente que viene de afuera, a los desconocidos “La colonia se está haciendo muy peligrosa, como están construyendo muchas casas y está llegando gente de todos lados, sí esta un poco gacho. Hace seis meses en frente de mi casa

3 La noche o a la oscuridad puede ser valorada como indicador de peligro, amenaza o inseguridad para este grupo de jóvenes que conforma nuestro universo de análisis. Sin embargo, en otros casos este mismo indicador puede ser valorado como un facilitador de la socialización, la diversión y la fiesta.

vi por mi ventana como balaceaban a un mono y dices: ¡Cómo han cambiado las cosas, antes no era así! y eso es porque ha llegado mucha gente”, relata Paula.

El miedo al desorden: “Si hacen eso... ¿Qué otras cosas no pueden hacer? si están rayando paredes, te pueden asaltar”

La “teoría de la ventana rota”, sobre la cual se asientan las políticas de “tolerancia cero”, sostiene que el desorden expresado en manifestaciones visuales (por ejemplo la existencia de ventanas rotas, basura en las calles, graffitis, vehículos abandonados, etc.) tendría un efecto criminogénico, ya que señalaría la falta de controles a los posibles transgresores. Esta teoría relaciona desorden ambiental y delincuencia.

Muchos de nuestros entrevistados, creen que ciertos lugares en donde hay basura en las calles o graffitis son lugares de inseguridad y, por lo tanto, de peligro. “Me dio terror porque era un lugar feo, con poca luz, muy solo”, “hay basura en las calles, desorden, la gente te reconoce que no eres de la zona, sientes las miradas”, “en general me súper enerva que tiren basura en la calle, me molesta ver gente tomando en la calle o ver a la gente en la calle sin hacer nada...” Para profundizar en la relación entre desorden ambiental e (in)seguridad les mostramos a los entrevistados dos fotografías diferentes en las que se ven graffitis en paredes y jóvenes que los están pintando o escribiendo⁴. Al respecto obtuvimos diferentes respuestas. “En general, esta gente me parece que es resentida con la sociedad, ¿por qué lo haces?, ¿por qué pintar? Para empezar es un obra arquitectónica con un valor impresionante que te sirve para atraer turismo y, por ende, dinero...”, sostiene Adriana. “Lo primero que pienso es qué malo porque por la represión se tienen que tapar la cara porque si hubiera libertad en el país no tendrías porqué taparte la cara al tener este tipo de expresiones...”, reflexiona Héctor.

En la mayoría de los casos, las pintadas en la pared están asociadas al “desorden” y, en algún sentido, con el peligro ya que “es una falta de res-

⁴ Por cuestiones de espacio no se reproducen las fotografías.

peto”, “hay otras formas de expresarse”, “qué van a decir los extranjeros”. En otros casos, aunque se reconoce que es una “transgresión” se asocia a la libertad de expresión.

El miedo al otro diferente: “A ojo de buen cubero”

También es indicador de inseguridad para los jóvenes entrevistados encontrarse con un *grupo* de jóvenes en una “zona desconocida” o por la “noche”. Para algunos, es más probable encontrarse estos grupos de jóvenes en las colonias de “mala fama”. Y, es aún más peligroso si en ellos hay personas “drogadas”, “borrachas”, que “no están en su sano juicio” o “que no están en sus cinco sentidos”.

A pesar de que muchos entrevistados sostienen que no se dejan llevar por el aspecto de una persona “la apariencia muchas veces podría decir mucho, aunque dicen que el león no es como lo pintan” existe un conjunto de características (color de piel, género, edad, ropa, movimientos y actitudes) que convierten a una persona en sospechosa. Entre ellas las más nombradas son: “personas desconocidas, personas con miradas sospechosas, grupos de clase baja, albañiles, personas que llevan la cara tapada de alguna forma, personas que no se identifican claramente qué es lo que están haciendo, personas descuidadas en su aseo y desaliñadas, personas morenas, personas que tienen movimientos rápidos, personas con actitud evasiva y desafiante, personas que andan vagando”.

En varias oportunidades, el “otro sospechoso” puede despertar el temor de los jóvenes, encauzando el miedo en una figura claramente visible. Las percepciones se condensan y se fijan las representaciones en un “otro construido”. En efecto, cada grupo social va al encuentro del otro provisto de sus propios temores. Así, los miedos no están *fuera* de lo social, se construyen y se configuran en el contacto entre grupos diversos. Vistos a esta luz, los miedos e inseguridades nos están hablando de una forma de relación con los otros que configuran también una forma de hablar sobre el mundo y de actuar en él (Cf. Reguillo, 2000).

Caminos y recetas para salir del miedo: camuflajes, actitudes y reservas

Existe un conjunto de prácticas que los jóvenes aplican en sus rutinas para protegerse ante situaciones de probable vulnerabilidad. La más utilizada es la “actitud”, entendiéndola como tener seguridad en uno mismo (o si no se la tiene por lo menos aparentar). Por ejemplo, nos cuenta Julieta: “Si viajo en transporte público adopto una actitud de que estoy segura de mí, que sé que no me va a pasar nada. Me da la impresión que si me ven débil y titubeante van a decir ‘esta es más fácil’ (...) Adopto una actitud de ‘soy ruda’, intento camuflajearme en el ambiente”.

Una práctica similar es la que nos relata Héctor:

“Hay técnicas que utilizan los hombres y mujeres: si vas caminando con la cabeza agachada, todo triste y tonto, pues te cae el guey. En cambio si vas en una actitud de que tú ya conoces el rumbo o que vas muy seguro, o sea el cuate no te va a caer porque el asaltante lo que menos quiere es tener problemas, o sea el asaltante está más nervioso que tú porque el que está cometiendo el ilícito es él no tú (...) Depende de tu actitud...”

De acuerdo con Goffman (1979) quienes quieren pasar inadvertidos en determinados ambientes se preocupan de ello, sin embargo su preocupación por que los descubran puede revelarse en su “aire furtivo”. Prestan una estrecha atención a los sujetos, que previamente han sido identificados como las fuentes del peligro, pero tratan de disimular esa atención al mantener la mirada o la cara en otras direcciones y echar un vistazo de vez en cuando. Al respecto, relata Mariana que cuando viaja en transporte público o va a un lugar por primera vez, lo ideal para ella es lograr el equilibrio entre ir cuidando sus pertenencias pero a la vez mostrarse segura.

Otras actitudes son: “no hacerse notar”, “no aparentar lo que no se es”, “esconder el dinero”, “no hacer alarde”, “no usar joyas”, “no provocar situaciones”, “ir en un ambiente muy a nivel de las demás personas”, “ponerte abusada”. Muchos de los entrevistados tienen la percepción de

que no les ha pasado nada porque no han provocado situaciones de inseguridad. Es decir, ellos saben como moverse, qué actitud tomar, cómo vestirse, en qué momento y por donde caminar, etc. “Yo creo que la inseguridad si la buscas la encuentras.”, refiere Julieta. Además, consideran que aquellos que fueron víctimas del delito (amigos, vecinos, parientes o desconocidos) o que podrían serlo, no han sabido o no saben aplicar todo este “conocimiento de supervivencia”. Y, son valorados, en algunas ocasiones, como: pasivos, pazguatos, tontos, distraídos, inditos, inocentes, tontitas, fresitas, despistadas, confiadas, ostentosos.

Estas afirmaciones nos llevan a reflexionar acerca del modo en que las personas construyen representaciones de la seguridad en el contexto de un Estado liberal y de crisis de las instituciones. En muchas oportunidades los jóvenes no reconocen la obligación del Estado de velar por la seguridad de los ciudadanos o el papel que pueden tener las organizaciones de la sociedad civil en diagnósticos y propuestas para planes o políticas de prevención del delito. La autoprotección en la esfera individual es la salida más nombrada ante situaciones de amenaza o riesgo. Como bien señala Bauman (1999) cuerpo y comunidad son los últimos puestos defensivos del campo de batalla donde cada día se entabla la lucha por la seguridad, la certidumbre y la protección.

La vida cotidiana: rutinas y rupturas

La “vida cotidiana” y las rutinas que ella supone son experimentadas como zonas de seguridad, independientemente del sector en que vivan los sujetos. Cada persona encuentra el modo de adaptarse a su entorno de forma tal de poder continuar con sus prácticas cotidianas sin mayores interferencias. Existe un conjunto de “condiciones” (conocimiento de lugares, trayectos, etc.) y “comportamientos” (saludar, mantener relaciones vecinales, etc.) que se articulan con “beneficios simbólicos esperados”. En conjunto crean un dispositivo social que posibilita al individuo “hallarse” en un lugar y ser reconocido por ello (Cf. De Certeau, 1999). Carolina, quien vive en una colonia valorada como peligrosa, relata: “...tratas de llevarte, saludar a las personas para que no te asalten (...) lo hago

para que no haya tanto problema como casi siempre llego de noche (...) si ‘los chineros’⁵ están bien o en su sano juicio a los de la colonia no les hacen nada. Casi siempre es a los de afuera o a los que vienen muy distraídos...” En correspondencia con estas representaciones que identifican al propio barrio, vecindario o colonia como una zona segura, a la mayoría de nuestros entrevistados no los han asaltado en el lugar donde viven.

Además, los individuos sienten mayor seguridad en la medida en que tienen sentimientos de pertenencia con la comunidad en la que habitan, en la medida en que sienten que forman parte de un “nosotros” (Cf. Walklate, 2001). Aunque, una zona de mejor posición económica puede influir, para algunos entrevistados, en un mayor sentimiento de seguridad, en tanto implica una mayor presencia del Estado (en policía o servicios públicos como iluminación, limpieza, etc.). La vida cotidiana se vuelve problemática cuando se incumplen rituales o se invaden espacios vitales. El espacio personal es un contorno alrededor del individuo. En este espacio la entrada de otra persona hace que el individuo se sienta víctima de una intrusión. Esta infracción varía según el contexto: interviniendo la densidad demográfica, la ocasión social, la intención de quien se acerca, entre otros factores (Cf. Goffman, 1979). Cuenta Mariana: “Me da miedo cuando la gente se acerca mucho, cuando no es gente de confianza, o sea yo soy muy respetuosa del espacio vital de las personas (...) Yo soy muy, muy respetuosa de mi espacio vital, no cualquier gey se me puede acercar, entonces si se acercan me pone muy nerviosa...” Otra infracción bastante común es la de violación a la reserva de información, que sucede con el ojeo, la mirada o la penetración visual. En este sentido, nos narra Carolina: “...la gente es muy obscena, no sé, se le quedan viendo los señores, aunque uno esté feo, fui nada más una vez y dije no regreso, los señores se te quedan viendo muy mal...”

En estas interacciones cotidianas surgen tensiones vinculadas, en buena medida, con cuestiones de género, raza y clase. Así, para las mujeres la visión de un hombre moreno, de gestos rápidos o que lleva el rostro tapado de alguna forma podría desencadenar una interacción riesgo-

5 Se llaman “chineros” las personas que tienen puestos ambulantes en la zona y que se dedican al comercio informal y asaltan a los transeúntes).

sa, por lo tanto, prefieren evitarlos. Los varones generalmente, consideran como una interacción riesgosa encontrarse con grupos o bandas de jóvenes que pueden estar drogados o alcoholizados.

Las violencias urbanas: representaciones compartidas

Las representaciones de la violencia urbana se construyen y movilizan a partir de percepciones que evalúan como agresivas a ciertas personas, acciones, lugares o situaciones en la vida pública. Dichas representaciones conformadas por valores, ideas e imágenes modulan los comportamientos de los jóvenes ante ciertas “condensaciones” evaluadas como violentas por ellos mismos. Pensamos las violencias por medio del *entorno vital* o *Umwelt* de los sujetos (Cf. Goffman, 1979), dentro del cual se originan los signos y fuentes de alarma que pueden conducirlos a situaciones de violencia, para acercarnos a ellas a un nivel microscópico. El *entorno* de la persona se mide en un radio de sólo unos metros, siendo su propio cuerpo lo que le puede preocupar inmediatamente ya que es vulnerable a golpes, caídas, disparos, etc. Constantemente, el sujeto vigila lo que sucede en su entorno y más allá de él, evaluando a los otros por medio de una “distancia crítica” que marca la frontera permitida entre él y el mundo exterior. Cuando el entorno no presagia nada fuera de lo normal puede continuar con sus actividades rutinarias. Sin embargo, existe una gama de peligros que se perciben por medio de signos como: olores, ruidos, visiones, contactos, presiones, etc.; los cuales detonan una extrema vigilancia del entorno y la preparación para una posible defensa del espacio.

Pequeñas violencias: alarmas y reacciones

Nos centramos en la perspectiva de la víctima y del observador de la violencia urbana. Para ellos existe un conjunto de indicadores que hacen que una acción sea valorada como violenta: agresión física, insultos, amenazas, imposición de un poder, miradas retadoras, etc. Pero, como bien se-

ñala Goffman (1979), lo que para uno es motivo de alarma para otro es oportunidad de demostrar experiencia. Algunos de nuestros entrevistados viven en colonias que son valoradas como “violentas” y, no obstante, se las arreglan para llevar adelante su vida cotidiana sin temores. Por ejemplo, a Raúl lo intentaron asaltar haciéndole una llave en el pescuezo a dos cuerdas de su casa y él supo reaccionar rápidamente devolviendo el golpe al asaltante, “ya después no iba temeroso, tengo quince años viviendo aquí, desde chico, entonces no me da miedo”, nos relata. De este modo, lo que para algunos es extraño y peligroso para otros puede formar parte de su cotidianidad.

En el caso de las mujeres, la principal reacción ante alarmas que pueden ser indicios de un peligro, es la huida. Al respecto señala Carla: “...es muy común que como chica te paralices. El miedo me paraliza y no puedo hacer nada, en cambio los hombres no. Reaccionan a correr, a arrancar el coche, a gritar, a golpear...” Los hombres tienen una mayor tendencia a responder de forma violenta en situaciones de posible agresión. Comportamiento claramente relacionado con la valoración positiva que tiene en nuestra sociedad el hecho de saber defenderse, no dejarse, poner al otro en su lugar, etc. Por ejemplo, Pedro relata que ante una situación de agresión: “Si voy solo y veo que no son muchos hasta me les aviento, pero si voy acompañado, y en especial de mujeres, como que das la retirada. No sé, por cuidarla a ella.” Estas construcciones culturales de la violencia hacen que las peleas callejeras, las lesiones y ciertos lenguajes sean considerados un privilegio de los varones con connotaciones altamente positivas.

Para nuestros entrevistados existen ciertos lugares, principalmente barrios pobres o populares, que se valoran como violentos o peligrosos aunque nunca se haya estado allí. En estos lugares también habitan una serie de personajes temidos como: el asaltante, chavos banda, cholos, teporochos o policías. Estas figuras posibilitan domesticar los miedos al nombrarlos y organizarlos; no obstante, manifiestan también la intolerancia de una sociedad. Entonces, si bien los jóvenes entrevistados rechazan los estereotipos burdos, en las narraciones aparece la estigmatización del otro. Y, por medio de estos procesos de estigmatización, se representa al otro, muchas veces, como el culpable de la violencia. Proceso al que se debe poner particular

atención debido a que la identidad de las personas se construye a partir de la intervención del otro y, en algunos de nuestros entrevistados, pareciera que se fabrica una identidad a partir de la expulsión del otro.

Las mediaciones: “El objetivo de los medios es vender, no es comunicar, y lo que vende es el miedo”

Uno de nuestros supuestos de trabajo apuntaba la importancia de los discursos mediáticos, políticos y de las agencias estatales en la creación y difusión de las representaciones de mundo y, por consiguiente, en las representaciones de lo violento y lo (in)seguro. Los denominamos discursos hegemónicos porque tienen un poder simbólico y material que les posibilita la construcción de la realidad. Y, como bien señala Bourdieu: “los sistemas simbólicos cumplen su función política de instrumentos de imposición o de legitimación de la dominación de una clase sobre otra.” (2000: 68).

No obstante, estos discursos e imágenes no son consumidos pasivamente por los sujetos ya que entre ambos existen distintas “mediaciones”. En el transcurso de la investigación comprobamos que la familia socializa a sus miembros para el uso de la ciudad y, en este proceso, decide qué lugares, personas o situaciones pueden ser peligrosas, violentas o inseguras. Fue un común denominador en los relatos que los jóvenes alegaran las siguientes razones para explicar sus prácticas: “mi abuela siempre dice”, “mi mamá es muy miedosa por eso no fui”, “mi papá me enseñó a tener actitud”, etc. Sin embargo, la familia no está aislada del contexto, “su interacción necesaria con la dinámica social implica una negociación y readecuación constante de sus modelos de orden” (Reguillo, 1996a:72). Por consiguiente, desde la familia se producen representaciones que funcionan también como dispositivos de vigilancia y control.

Además, el grupo de pares funciona como socializador y permite que los sujetos confronten estas visiones de mundo aprehendidas en el hogar. De modo tal que se atreven a explorar la ciudad en las noches, sólo si es con un grupo de amigos. Aunque, también es una mediación llena de ambivalencias ya que, por un lado, anima a los jóvenes a salir al mundo (las

entrevistas señalan que los consumos culturales de los jóvenes son fundamentalmente grupales) pero, por otro lado, también puede funcionar como reproductor de estereotipos.

La fuerza de estas mediaciones así como la consciencia, al menos discursivamente⁶, de los jóvenes acerca del modo en el que los políticos y los medios de comunicación utilizan el tema siguiendo una lógica comercial, nos conduce a pensar que los discursos de la (in)seguridad y la violencia no son consumidos impasiblemente. Asimismo, los discursos de las agencias del Estado también caen en un escenario similar ya que los sujetos perciben los procesos de degradación y corrupción de las instituciones de disciplinamiento (policía, sistema judicial). De este modo, las políticas de tolerancia cero o “mano dura” no gozan de una aceptación unánime ya que las instituciones, funcionarios del Estado y políticos que las proponen están completamente deslegitimados (Cf. Isla y Míguez, 2003: 317).

Reflexiones finales

Dimos cuenta en esta investigación de la complejidad de los discursos e imágenes de la (in)seguridad y la violencia urbana en la Ciudad de México, a la vez que analizamos la existencia de diversas representaciones, miradas y relatos construidos por los jóvenes en torno a estos temas en su vida cotidiana. Nos interrogamos por el modo en que estas representaciones inciden en el día a día, organizando rutinas, rituales y prácticas.

Las narraciones de los jóvenes nos ayudaron a comprender que, más allá de los discursos de los “expertos” (académicos, periodistas y políticos entre otros), la (in)seguridad y la violencia se encuentran en una encrucijada entre ese discurso hegemónico y las vivencias personales. Y, como toda representación social, deben ser consideradas como una textura psicológica autónoma y a la vez como propia de nuestra sociedad, de nuestra cultura.

Si, como señala Reguillo, la tarea “...demanda incrementar la capacidad de escucha y luchar contra las representaciones construidas contra ese

⁶ Cabe señalar que nuestra investigación se centró en el plano de las representaciones a través de lo discursivo, otro tipo de trabajo de campo nos hubiera permitido observar las prácticas.

imaginario que fija a los jóvenes contra una pared que los inmoviliza y les impide salir de su condición de víctimas o victimarios.” (2001: 24), podemos decir que fue fructífero hacernos un tiempo para escuchar las narraciones de los jóvenes.

Además, asumiendo que el concepto de jóvenes encierra una gran diversidad, la idea ampliamente difundida de que son los principales actores, como agentes y como víctimas, de las violencias puede ser puesta en cuestión. Elementos como raza, género y clase se ponen en juego en las interacciones cotidianas con mucha mayor intensidad. Por otra parte, intervienen en la configuración de lo violento y lo inseguro mediaciones como la familia y el grupo de pares, además de los medios de comunicación. No obstante, estas mediaciones que intervienen en el proceso de aprehensión del mundo son desiguales. Así, la recepción que hacen los sujetos de los discursos de los medios de comunicación, de los discursos políticos y de los discursos de las agencias del Estado, es un espacio permanente de tensiones y negociaciones de significados.

Bibliografía

- Arteaga Botello, Nelson (2004) *En busca de la legitimidad. Seguridad Pública y populismo punitivo en México, 1990-2000*. España: Centro de Estudios Iberoamericanos.
- Bauman, Zigmunt (1999) *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Bourdieu, Pierre (2000) *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- De Certeau, Michel (1999) *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- Delumeau, Jean (1989) *El miedo en Occidente*. México: Taurus.
- Elias, Norbert (1999) *Los Alemanes*. México: Instituto Mora.
- Gayol, Sandra y Kessler, Gabriel. Ed. (2002) *Violencias, delitos y justicia en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial.
- Goffman, Erving (1979) *Relaciones en público. Microestudios de Orden Público*. Madrid: Alianza Universidad.

- González Placencia, Luis (2004) "La accidentada relación entre las subculturas académica y mediática en contexto de la inseguridad." En: Ernesto, López Portillo Vargas y Marco Lara Klahr Eds. *Violencia y medios. Seguridad pública y construcción del miedo*. México: INSYDE, CIDE.
- Isla, Alejandro y Míguez, Daniel. Eds. (2003) *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: De las ciencias.
- Margulis, Mario et al (2003) *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Argentina: Biblos.
- Moscovici, Serge Ed. (1993) *Psicología Social II*. Barcelona: Paidós.
- Pegoraro, Juan S. (2000) "Violencia delictiva, inseguridad urbana. La construcción social de la inseguridad ciudadana". *Nueva Sociedad* 167 (mayo-junio), p. 114-131. Caracas.
- Reguillo Cruz, Rossana (2001) "La gestión del futuro. Contextos y políticas de representación." *Jóvenes, Revista de Estudios sobre Juventud* 15, p. 6-25. México.
- Reguillo Cruz, Rossana (2000) "La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas". En Rotker, Susana. Eds. *Ciudadanía del miedo*. Venezuela: Nueva Sociedad.
- Reguillo Cruz, Rossana (1996a) "Los lenguajes del miedo. ¿Nuevos escenarios, nuevos?" *Replones* 35 (agosto-noviembre), p. 69-74. México.
- Reguillo Cruz, Rossana (1996b) "Los mitos gozan de cabal salud. El horizonte de las creencias colectivas en la modernidad mexicana". *Comunicación y Sociedad* 27 (mayo-agosto) p. 215-238. México.
- Schmidt, Bettina E. and Schröder Ingo W. (2001) "Introduction. Violent imaginaries and violent practices". En Schmidt, Bettina E. and Schröder Ingo W. Eds. *Anthropology of violence and Conflict*. London: UK. Routledge.
- Walklate, Sandra (2001) "Fearful communities?" *Urban Studies* 38; p. 929-939. Great Britain: University of Glasgow.
- Zaluar, Alba (1999) "Violencia e Crime" En Miceli Sergio Eds. *O que ler na ciencia social brasileira (1970-1995)* Brasil: Editora Sumaré.